

VARONES AL RESCATE DE SU CUERPO

Por Sergio Sinay

Un viejo dicho asegura *que el hombre, como el oso, cuanto más feo es más hermoso*. Y, aunque no está escrito, podríamos agregar: *y cuanto más bello es más sospechoso*. Es decir, sospechoso de no cumplir con un mandato tradicional de la masculinidad, según el cual el cuerpo del varón está destinado al trabajo, a la producción, a la pelea, al rendimiento. Adiestrados para ganar, competir, conquistar, ser eficientes, los varones han sido educados, de generación en generación, para convertir a su cuerpo en una especie de fortaleza ambulante, en una herramienta todoterreno, en una máquina que no puede ser detenida por detalles menores, como gripas, malestares, alguna fatiga. Sólo colapsos graves –infartos, accidentes, úlceras- lo detienen. Y a ese costoso precio muchos hombres recuerdan, o descubren, que el cuerpo es fuente y sede de sensaciones y emociones.

Recuperar lo propio

Hace muchas generaciones que los hombres ponen el cuerpo como si se tratara de algo ajeno, como si no fueran ese cuerpo. En la cultura occidental el cuerpo de la mujer se *exhibe* y el del hombre se *expone* (a esfuerzos, pruebas, desafíos, etc.). Resultado: los varones de Occidente viven entre siete y nueve años menos que las mujeres.

Algo parece estar cambiando a partir de la última década del siglo veinte. En esos años recientes la cosmética masculina creció a razón de un 10 por ciento anual, se duplicó el consumo de lociones y de aguas de *toilette* para hombres, y hay palabras que ingresaron al vocabulario masculino sin atentar contra la testosterona: por ejemplo, *humectante, suavizante, limpiador, refrescante, protector*.

Sin embargo, todavía un varón se siente extraño al entrar en una tienda a comprar algo que no sea crema de rasurar, desodorante con fragancia salvaje o un perfume *for men*. Otros productos (más audaces o “sospechosos”) suelen ser comprados para él por su mujer.

Pero lo que importa es la tendencia. Los hombres empiezan a darse cuenta de que pueden sentir y gozar en su cuerpo algo más que el moretón

del último partido de fútbol, el dolor del codo de tenista, la contractura en la espalda por el último esfuerzo laboral o esa punzada en el pecho que hace temer desenlaces que horroriza imaginar.

Pérdidas que son ganancias

Esta tímida pero creciente recuperación de la integridad del cuerpo varonil corre pareja con la “pérdida” de otros espacios masculinos. En la segunda mitad del siglo veinte las mujeres comenzaron a salir de sus casilleros y a aparecer en territorios “masculinos” tanto en lo laboral y profesional, como en lo económico, cultural, político y deportivo. Con menos flexibilidad, más atados a mandatos arcaicos, los hombres quedaron retenidos en actitudes y creencias que los fueron asfixiando e inmovilizando. Ante la evidencia de que el reinado tradicional del varón se ha ido reduciendo, algunos hombres empezaron a explorar otros territorios, otras formas de vivir como varones sin perder masculinidad.

El cambio, aun lento pero indudable, incluye nuevas formas de relación con los hijos, con las mujeres, con los otros hombres, con el trabajo, con el éxito, con el poder, con la comunidad, con la naturaleza y , por supuesto, con el propio cuerpo. El cuerpo del varón es distinto del de la mujer. Atenderlo, entenderlo, escucharlo, no significa “femineizarse”, puesto que, al ser diferente, requiere formas distintas de atención. Al explorador masculino lo espera un territorio aun desconocido y pleno de recursos: su propio organismo. Mientras un simple “macho” sólo vive en función de fuerza, aguante, machucones y resistencias absurdas, un varón entero sabe que su cuerpo es también el instrumento de su sensibilidad, de su emoción más profunda y que es una de las vías a través de la cual expresar sentimientos, registrar placeres, integrar todos los aspectos de su ser. Mientras un “macho” puro y duro está condenado a morir dentro de su cuerpo, el gran desafío del varón hecho y entero es vivir plenamente dentro de él.